

BALVANERA

FRANCISCO NARLA

BALVANERA

La puta beata, el fraile descreído,
el indio cojo y el hideputa honrado



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: mayo de 2022

© Francisco Narla, 2022
© de la presente edición: Edhasa, 2022
Diputació, 262, 2^o 1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6363-0

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 8685-2022

Impreso en España

Lector, librero, periodista, editor... Nunca me cansaré de repetirlo, gracias. Gracias una vez más por darles una oportunidad a mis cuentos, espero no defraudaros.

Para Enriqueta, la niña a la que le gusta caminar en el agua, hablar con los bonsáis y hacerse la manicura con una banqueta. Bienvenida.

Y para Poe, que ronroneaba corrigiendo borradores. Gracias, querido amigo, ojalá caces muchos pajarillos en los bosques del norte.

*Durante el siglo XVI, las casas reales, los nobles,
los más ricos comerciantes del viejo continente
vestían de negro.*

*De todas las mercancías que llegaban desde las
Indias, la más valiosa, la más codiciada, era el
palo de tinte.*

Mi madre era puta.

 Mi padre, inglés.

 A punto estuve de quedarme sin padrino.

 No había cristiano que se ofreciese. Con el agua bendecida, se brindó un trujillano que bebía los vientos por mi madre; un segundón al que se comieron los tiburones en el canal de la Mona cuando naufragó su tartana. Lo único que no se tragaron los bichos fue su nombre; ése me lo dejó a mí: Isidoro Bernal María de la Santísima Merced de la Visitación y Brochero.

 Mi madre quiso darme con la seguidilla lo que no tenía por linaje, pero sirvió de poco. De nada, más bien.

 De crío fui «el chico de la Camacha» y, con los años, por más que porfié en contra, Camacho.

 La verdad es testaruda.

 Mi padre navegaba con ese par de bellacos de Juan Achines y Francisco Draque. Fue uno de los que atacaron San Juan de Ulúa. Y también uno de los que huyó como una rata cuando los cañones del capitán Luján escupieron fuego.

 Y mi madre... Mi madre no tenía otra herencia que la escondida bajo la falda.

 Había abandonado tierra de Plasencia al descubrirle un amorío con un novicio del monasterio de Guadalupe. La vergüenza espoleó sus ansias de cruzar la mar oceánica. Nunca hablaba de su vida antes de embarcar.

 A la pobre la desbarató la golpiza de un cabrón con pintas, un boquifino con agarraderas en la Audiencia de los Con-

finés. Lo que pasó en Yucatán, en Yucatán se olvidó. Ni siquiera multa pagó.

Me quedé solo, con mi nacimiento por condena. Ni hijo-dalgo ni gentilhombre. Ni tierras ni cargo del que mamar. Ni sangre de cristiano viejo ni título ni ditado. Ni siquiera podía presumir de no tener raza de judío. Menos aún de moro.

Me sobraban nombres y me faltaba pan. Mi único patrimonio era el hambre.

Podía haber pedido limosna, pero el orgullo me cerraba la mano. Y, por puta que fuera, siempre he creído que mi madre deseaba algo de más enjundia para mí.

No quería ser el hijo de la Camacha. Quería ser el señor Bernal.

Intenté labrarme una reputación limpia como confesión de fraile. Me ofrecí de recadero, de mozo o de mulero. Acarree piedras, cargué con los estibadores, cepillé tablones en las atarazanas. Por un real. O por la comida.

Al cabo, la fortuna, que es la más puta de las putas, me sonrió con un requiebro: le salvé el pellejo a un piloto gallego al que las deudas de naipes habían metido en aprietos.

Yo buscaba algo que echar al gaznate entre los desperdicios de El lagarto cuando apareció un matasietes de chambergo roñoso para meterle el palmo de una vizcaína por la riñonada. Grité, y el fulano se evitó visitar los infiernos. Y me tomó como grumete.

Los que tienen posibles buscan recado de escribir y dejan últimas voluntades. Yo me sorbí los mocos, aprendí a rezar el paternóster y me encomendé a los tres dedos de grueso de la tablazón de *Nuestra Señora del Rosario*.

Ni derecho a cofre que dejar en cubierta tenía. Y cada noche me ataba el calzón con siete nudos, para que no me encularan los desviados.

Me acostumbré a ablandar en vino el bizcocho infestado de gorgojos, a roer el pan de cazabe, al hedor de las sentinas, a la picazón del vinagre cuando se baldeaba. No me acostumbré

jamás a la sed. Aún hoy, a veces me asalta un regüeldo con el sabor de aquella agua corrompida en el fondo de los toneles que, apenas zarpados, no podía beberse sin enredar el triperío.

Aprendí a cumplir y a obedecer. Aprendí las cuatro reglas, a escribir de ocho renglones, a contar para las guardias, a hacer los nudos de los aparejos. Y también aprendí de las mercaderías en bodega. Los vicios y virtudes de la grana cochinilla, la cera, el nopal, los cueros, la miel y cuanto se llevaba a La Habana para la partida de la flota.

Para cuando me afeitaba, entré de aprendiz en el almacén de un mercader que hacía fortuna con el palo de tinte.

Y me descorné por hacer las cosas como era debido. Iba a misa los días de Nuestro Señor, guardaba la cuaresma. Hasta inclinaba la cabeza cuando pasaba algún jerónimo murmurando jaculatorias. Y jamás robé. Ni una blanca. Nunca.

Poco importó. Todo se fue al carajo.

Desde el día que me parieron tenía andado el camino, y poco podía hacer por apartarme. Al final, cuajó lo que tenía que cuajar. Una vida entera lustrando reputación quedó ahogada en agua de borrajas.

La primera piedra cayó al volver a los almacenes con el último cargamento. De ahí en adelante rodé cuesta abajo.

Ahora echo reojos por encima del hombro, igual que Guillermo, el de Orange. Ese hereje no dobla esquina sin mirar si le espera la boca de una pistola. Hasta dicen que duerme con sus perros.

Y yo voy con el corazón en un puño, temiendo que en cualquier callejón aparezca una toledana que me eche el bofe al aire.

Ahora, la única familia que he tenido podría estar muerta. Ahora, no sé qué ha sido de ella.

Eso sí, mi nombre, entero, de la primera a la última letra, se conoce de la especiería a las Indias. Hasta en la corte.

Y mi madre no estaría orgullosa.

El mismísimo rey Felipe ha puesto precio a mi cabeza.

«Y demás de esto, pondérenlo y piénsenlo
bien los curiosos lectores...».

Bernal Díaz del Castillo,
Historia Verdadera de la Conquista de Nueva España

Decía que había sufrido en San Quintín de tambor. Presumía de haber descabellado a más flamencos que el Tercio de Saboya. Contaba que había formado de piquero, primero, y de arcabucero después. Y también se jactaba de que, cuando pidió licencia, mandaba de alférez.

Eso decía él. Y otros lo desmentían, aunque nadie tenía el cuajo de echárselo en cara.

No decía, sin embargo, sus razones para cruzar la mar oceánica. Y menos aún cómo un respetable oficial, con su banda, su paga y su patente firmada, había acabado de cazador de esclavos.

Así se ganaba el pan hasta que Melchor de Mora e Hijuelo lo contrató para escoltar sus envíos. Y todos sabían que no lo había elegido por las buenas referencias, sino por las malas.

Pese a los calores, sabedor del polvo que levantaba, vestía coleteo recio, de los que alivian cuchilladas traperas. Lo cruzaba con una canana donde colgaba una ristra de petaquillas, cebada cada una de ellas con la pólvora para un disparo. Y en la muñeca llevaba siempre enrollados dos palmos de mecha.

A Damián de Roa bastaba echarle un vistazo cansado para no dudarle las intenciones. Y nunca parecían buenas.

Allí, comido por la espesa jungla, con sus ropas de soldado gastado, tenía algo de aparición salida de cuento de viejas. Bajo el mostacho asomaba un colmillo retorcido y en los labios, una sonrisa revenida. En la mano, un sable de batalla. Al cinto, la quitapenas, lista para descerrajar plomo. En el pecho, la guerra y, a los pies, un indio que se agarraba la riñonada con manos ensangrentadas.

El herido suplicaba por su vida. Farfullaba, misturando su lengua con algo en cristiano. Y Roa no le prestaba atención; miraba ceñudo en derredor.

La bronca no había terminado. La jungla se agitaba con escándalo. Desquiciados, los micos brincaban de rama en rama. Los tucanes y las lorillas graznaban. Cargadas a más no poder, las más de cincuenta mulas, con los ojos espantados, resoplaban, pugnaban por alejarse de la muerte que olían por doquier.

Pero la mano firme de los hombres de Roa no daba tregua a las bridas. La partida de ocho traía el último cargamento de la temporada. Y la ruta, costeano desde los bosques de Río Lagartos hasta la villa de Campeche, era una tentación para quienes aún tenían fuerzas para rebelarse contra Castilla. Testarudos, los indios no se convencían de que sus mazas y cuchillos de negra piedra poco podían contra el acero toledano.

Camacho llegó a tiempo de ver cómo Roa rajaba el gznate del indio a sus pies. Y todo el alivio de encontrarse con la partida se desvaneció.

—Echa una mano, pisaverdes. ¡Haz algo útil! Ayuda a asentar a las mulas —espetó el soldado al verlo allí plantado—. Y vosotros dos —gritó volviéndose hacia un par de hermanos gaditanos que siempre se acababan el uno al otro las frases—, salid tras el que marchó corriendo; aún está a tiro de mosquete.

Y se echaron a la selva. El resto de la partida se afanó: había que degollar una mula con la pata quebrada, repartir la carga entre las demás, rematar al resto de los indios y, lo más importante, ponerse en marcha cuanto antes. En la jungla merodeaban más que indios. También negros cimarrones, gente de la competencia y, si picaba la avaricia, incluso piratas dispuestos a jugársela en tierra.

Tras mirar compungido los cadáveres, haciendo de tripas corazón, Camacho cerró bajo llave el espanto de la carnicería.

Tenían prisa.

—A de Mora se le antojaba que tardabais y me mandó venir...

Un chistar lleno de desdén lo interrumpió:

—A de Mora se le antoja lo que no tiene ni repajolera idea —tascó Roa—. Ya advertí yo que estos condenados —enfaticó sus palabras sacudiendo un puntapié al cadáver— andan levantiscos. Saben que se zarpará pronto y, para colmo, los herejes comeboñigas de los ingleses están a la que salta. Andan ofreciendo baratijas y cascabeles.

A falta de plumas, el único ornamento del sombrero era un cerco de sudor; bajo el ala chafada por el bochorno, los ojos de Roa relampaguearon.

—Esos protestantes de mierda compran lo robado y tienen el cuajo de contrabandear bajo nuestras propias narices... ¡Ingleses! En la picota los ponía yo a todos, ¡empalados como pollos...!

Camacho sintió el rubor correteando por sus mejillas y decidió prestar atención a su propia mula, que piafó nerviosa.

Callaron entonces los monos, y las cabezas de los vivos se volvieron hacia la jungla. Las manos apretaron las empuñaduras. Se espesó el silencio.

Iba a preguntar al soldado, cuando un silbido le dio la respuesta. Haciéndole bailar el flequillo, una flecha pasó a una pulgada de afeitarse las cejas, a dos de negarle las ideas.

—Parece que sigue la juerga —aulló Roa, macabro.

Y el hijo de la Camacha tuvo la certeza de que no era brauconería. El veterano estaba encantado de dar trabajo al hierro que empuñaba.

Arrepintiéndose de inmediato de no haber ingeniado una excusa para no verse en aquéllas, Camacho empezó a retroceder. Había oído las historias. Los rumores corrían, y todos en Campeche, Mérida o Tabasco temían a las partidas de rebeldes. Todavía se recordaba lo que contaran los hombres de Montejo al salir de la selva tras la conquista de aquellas tierras. El horror de los sacrificios seguía murmurándose sobre las copas de vino en las tabernas de Nueva España. Más de un trujillano había muerto viendo cómo, recién arrancado del pecho abierto, su

propio corazón dejaba de latir frente a sus ojos en la mano ensangrentada de un pagano con el rostro deforme.

Encarnando esa pesadilla, aquellos demonios salieron de la espesura como una jauría.

Por delante de los más de veinte salvajes venían a toda prisa, trastabillando y maldiciendo, los dos gaditanos. Buscaban el socorro de sus camaradas; pedían cobertura.

Las mulas se espantaron.

Los hombres blasfemaron.

Un portugués, corto de estatura y ancho como un cepo, cayó de pronto al suelo sujetándose el muslo. Entre sus dedos tintos sobresalía el astil de una flecha.

–¡Voto a Cristo! –se oyó.

–¡Capadlos a todos! –gritó Roa por respuesta.

Uno de los indios aulló algo incompresible. Pero los cristianos entendieron sin fraile que tradujese.

–O a cenar con Cristo o a Constantinopla –gritó un guipuzcoano que presumía de haber luchado en el Milanesado y que se manejaba con la ballesta.

Sin tiempo para un tedeum, la batalla se tragó a Camacho. A punto estuvo de cagarse en los calzones; lo suyo eran la escribanía, la tinta y las cuentas del negocio, no jugarse el pellejo para guardar la mercancía.

Uno de los gaditanos, Camacho nunca sabía quién era Antón y cuál era Juan, forcejeaba con uno de los indios. Otro par, un cacereño patiocorto y un toledano grande como un buey, se jugaba la vida entre gruñidos. Intentaban proteger al portugués caído, que maldecía con acento de su tierra y se cagaba en todos los descubrimientos y venturas de las nuevas tierras allende el océano. Allí no había Gran Capitán ni ondeaba la Cruz de San Andrés. La única disciplina la ponía el ansia de mantener el pellejo entero, y cada cual se las apañaba como le cuadraba.

Camacho, horrorizado, seguía reculando.

Un acierto del guipuzcoano le vació el ojo a un indio corto de talla y largo de talle. Cayó como un fardo.

Aquello no eran rumores de taberna. Camacho intentaba apartarse del camino. Refugiarse junto a un árbol, esconderse en la espesura como un conejo.

Pero uno de los mayas lo vio y se echó hacia él. Desnudo a no ser por un taparrabos, tenía el cuerpo cubierto de oscuros tatuajes. En la mano llevaba una tranca como un bate de jugar al mayo, aunque en los bordes, como salvajes puntadas, se incrustaban pedruscos de obsidiana. Pero lo más inquietante eran sus ojos, casi negros; bizcos.

Por fortuna. El último de los hombres de Roa, un jerezano rubicundo que se gastaba cuanto ganaba en vino de su tierra, justo despachó a otro de los indios y se interpuso. Tuvo ocasión el hijo de la Camacha de pensar en cuál sería el precio de las botijas de jerez, deseoso de pagar el favor con una ronda generosa.

Casi respiraba con alivio cuando el asunto se torció. El jerezano se despistó, y el indio se aprovechó. Lo cogió de través tras esquivar un envite.

Se escuchó la blasfemia del cristiano al saberse condenado.

El golpe sonó tal que el tronzarse de una rama. Le dio dentera, y no le llegó la camisa al cuerpo.

El indio no perdió el tiempo. Apoyó el pie sobre el hombro del muerto y tiró hasta sacar aquel extraño mandoble incrustado en la nuca del borrachín. El chasquido al liberarlo resonó con repeluzno. Y se echó a andar hacia Camacho.

La macana bailaba al compás de los pasos. De una de las piedras, tras vacilar un instante, cayó un cacho del jerezano. Tenía pegado un mechón moreno y ensortijado. Quedó allí, reluciente de sangre fresca, en la tierra oscura y pisoteada, a merced de las hormigas.

Tragando con dificultad, miró a todos lados buscando ayuda, pero no había quien echase una mano. Todos estaban ocupados. El tronco de una ceiba le dio en la espalda y, con un vistazo sobre el hombro, comprendió que o se echaba a correr o plantaba cara.

Sólo verlo tan cerca le enfrió el espinazo.

De niño le habían apretado la sesera entre tablas. Su calavera deforme se afinaba en la coronilla, donde colgaba una coleta extraña; llevaba parte de la cabeza rapada y el resto de las guedejas, en trenzas, y en los dientes que asomaban unos engarces de jade le descuadraban la boca.

Buscó con qué defenderse.

No lo encontró.

Pese a los muertos bajo el acero toledano, pese a las mañas del guipuzcoano con la ballesta, los indios seguían siendo mayoría, y no había a quien pedir auxilio. El que menos asuntos pendientes tenía luchaba contra dos y esquivaba los envites de un tercero.

Feroz, el indio sonrió revolcando los labios. Levantó el brazo con la macana.

—Perra suerte —gruñó maldiciendo su sino, convencido de que iba a abrirle la crisma.

Aquella mañana, al despertar, todo se había antojado prometedor. Mora estaba por llegar de Mérida; al fin podría hablar con él.

Aquella mañana le había parecido que los esfuerzos de toda una vida iban a dar su recompensa.

Y se había equivocado.

Aquella mañana, había abierto los ojos temprano, como tenía por costumbre. A tiempo de escuchar a las campanas de San Francisco doblar las seis, antes de que el amanecer animase a los gallos a fanfarronear ante las ponedoras.

Y, aplacando los nervios, se había puesto en marcha de inmediato. Mora podía presentarse en el almacén más pronto que tarde, y Camacho quería asegurarse de que el patrón no tuviera quejas.

Sería más fácil convencerlo si estaba contento. Y tenía que convencerlo. Había llegado su oportunidad.

A levante de Campeche, fuera de la villa y lejos de la protección de los tramos amurallados, la casucha no era gran cosa. Un pegote en la montonera de chabolas que conformaban la barriada de Guadalupe: el cuartel pobre del lugar, donde vivían los jornaleros, los indios que habían aceptado las parábolas de Cristo y los que no tenían otro remedio.

Encalada con polvo y hierbajos, era apenas una habitación, una ventana cubierta de entramado de caña y unos cuantos trastos. No daba para más. Camacho llevaba largos años rigiendo su economía con severidad franciscana.

Apenas desperezado, dio cuenta de un desayuno barato. Una fruta local para la que los recién desembarcados eran incapaces de destrabar la lengua. Y con la pitahaya prendida entre los dientes estiró las sábanas de algodón de maguey, bastas pero baratas.

La escasa luz de una vela de sebo alargaba sombras en los trastos: una colección de cubos.

En un aparador desvencijado había también potes de barro, pinzas, removedores, cucharones, saquillos de sal y una tinaja de vinagre para usar como mordiente. Una mesa sin desbistar, un taburete, un cofre desfondado y un catre de marinería era cuanto se veía, aparte de los cacharros de tintorero. Recordaba más al taller de un alquimista que al acomodo de un aspirante a mercader.

Terminando la fruta, Camacho revisó la larga ristra de probaturas.

En las últimas semanas había cambiado proporciones en la receta de la cochinilla, y ahora examinaba el resultado satisfecho. Había conseguido un vibrante carmesí que haría delicias entre los abolengos de Sevilla.

En otro cubo había metido los rotos de una jaqueta de algodón blanco que había vestido hasta deshilacharse. En el agua, tinta tras una semana de infusión, flotaban trozos del palo.

Para no arruinarse las manos, sacó los trapajos con unas pinzas y, aún chorreando, los colgó pulcramente en un cordel tendido entre dos esquinas. Se habían vuelto negros como ala de cuervo. Un luto riguroso al alcance únicamente de los bolsillos más llenos.

Se le escapó una sacudida del mentón. Negaba, incrédulo, asombrado por los caprichos que se regalaban quienes no conocían el miedo al hambre. Lo que se pagaba en Madrid por un paño tinto de palo servía para vestirse toda una vida si uno se conformaba con el marrón desvaído de la rubia o el gris ceniciento de la cáscara de nuez.

Lo sacó de sus abstracciones el perro de su vecino, que trabajaba de oficial en una tahona. Ladraba, contento de que su amo llegase a casa tras sacar las hornadas del día, y Camacho, con sobresalto, comprendió que se le hacía tarde.

Se le escapó un reniego entre dientes.

A toda prisa, tragó el último pedazo de fruta y se aseó en la palangana. Tomó el blusón, uno de los dos que tenía. Había visto tiempos mejores; estaba raído, sobado en las costuras y cu-

bierto de remiendos, casi tantos como las calzas de lanilla. El jubón, muy al contrario, era una pieza de buena calidad. De los que llamaban de nudillos, con cuello alechugado. Teñido, como no podía ser de otro modo, de lustroso negro. Era lo único allí que no parecía gastado y viejo.

Se ajustó también una golilla sin vueltas y comprobó su aspecto en un espejo de baratillo que tenía en el armario. Se aseguró, pese a las prisas, de que el jubón tapaba las faltas de las calzas y el raído blusón.

El pelo, ceniciento por canas tempraneras, tendía a desordenarsele. Mechones revoltosos le cruzaban la frente; enmarcaban el pálido azul de sus ojos, la única herencia que le dejara su padre.

Oyó a su vecino dar los buenos días a la familia y, sin perder tiempo, se acercó al aparador y echó mano de un pote descascarillado. Había dentro migas resacas de viejas tortas de maíz. Sacó un pellizco y lo salpicó por la pechera.

Lo último que hizo antes de salir fue agacharse junto al catre y mover una losa suelta que había debajo. Sacó un cofrecillo con herrajes cubiertos de cardenillo y lo abrió con un llavín escondido en el armazón del colchoncillo de paja.

Dentro había una montonera de monedas. De varias cecas y distintas añadas, se juntaban allí cuartillos, reales de a dos, de a cuatro, de a ocho; sobre todo plata, aunque también piezas de oro, y también un puñado de escudos y unos pocos medios. Lo que más abundaba eran los duros; algunos brillantes, recién salidos del timbrado en Segovia; otros, roñosos.

Tintinearón entre sus dedos, y Camacho puso cuidado en escoger dos de a cuatro. Los sopesó en la palma de la mano y, mordisqueándose el labio, dudó.

Hizo el gesto y se detuvo. Lo pensó mejor y se arrepintió. Al cabo, devolvió uno de ellos al rebaño y se guardó el otro en la faltriquera. Uno solo.

* * *

Las calles de Campeche lo recibieron despertando.

Amanecía entre ocres y naranjas. El bochorno de la jungla callejeaba por las esquinas buscando acomodo para el día. Los gatos, paseando por los aleros, se recogían después de una noche de ronda y los perros los miraban con suspicacia.

De los puestos callejeros llegaba el olor de brasas cocinando desayunos menos frugales que el suyo. Cerca de su casa se estilaban el nopal asado, el ají y los gusanos de maguey ensartados. Fuera de la barriada, donde las viviendas cobraban altura y lustre, pan de maíz con pavo braseado, más al gusto de los que aún preferían algo que recordase los sabores de Sevilla.

Se cruzó con un zagal que se esforzaba en arrastrar malamente un capazo cargado de arena. Campeche parecía siempre tener algún rincón en el que se estuviera levantando un nuevo edificio y, por supuesto, los trabajos de las defensas no se acababan nunca.

Como todos los días, siguió el entramado de callejuelas hacia el robusto convento de San Francisco y dobló la esquina para atravesar el mercado donde los nativos vendían pescado a los suyos. Caminaba con paso ágil a poniente, hacia el corazón de la villa, preguntándose por enésima vez si el patrón accedería.

Al pie de un murete, una mano abierta enseñaba viejos callos. Un indio, cubierto con un poncho de henequén lleno de lamparones, pedía caridad. Estaba sentado en una enjalma para cargar borricos. Una de sus piernas se había roto tiempo atrás, y el cirujano había hecho un pobre trabajo; la tenía contrahecha y las rozaduras del talón confesaban la cojera. Masticaba savia de zapote para engañar el hambre y se adivinaba, por el hueco en las mejillas, que hacía mucho, demasiado, que aquella pasta de *txicli* era lo único que se podía permitir para mantener las tripas ocupadas.

Camacho vio en los ojos pardos la triste resignación de toda una raza.

El indio no dijo una sola palabra. Sólo avanzó aquellos dedos encallecidos, y Camacho se llevó la mano a la bolsa. Allí

estaban las tres pesadas llaves del almacén y una única moneda. Sus dedos titubearon.

El pedigüeño no insistió. Estaba acostumbrado a arrepentimientos.

Camacho frunció el ceño.

Y en aquella mano gastada se quedó su capital para todo un día.

En el siguiente cruce, la cortesía lo obligó a detenerse. Una señorona emperifollada de terciopelo apremiaba a una indiecita cargada con una cesta para que se apurase rumbo al mercado. Respetuoso, pese al rostro avinagrado de la mujerona, Camacho se inclinó y dejó en el aire un «Buenos días nos dé Dios» que nadie respondió.

No advirtió que la mirada del indio seguía clavada en su espalda y que la moneda continuaba en la palma abierta.

Al llegar a la barriada del puerto, el auténtico corazón de la ciudad, el ajetreo se intensificó. El día comenzaba con las prisas de los negocios por hacer sus dineros; se advertía el trajín, había pilluelos que corrían de un lado a otro y secretarios atildados que se cruzaban con rudos pescadores que volvían de faenar. También soldados de la flota que se recogían después de una noche de jarana.

Allí las fortificaciones estaban terminadas y, a su sombra, se extendían los almacenes de los mercaderes, la cofradía de los estibadores, los despachos de los escribanos, los comercios y todo el entramado de intereses que vivía mirando al océano. Un entramado cosido con contratos, arriendos, ventas y compras que mamaban de lo que se descargaba a la llegada de la flota y de lo que se cargaba para el tornaviaje.

En el Yucatán no había oro. Tampoco plata. Por no haber, ni siquiera había trigo: el que se plantaba se marchitaba o acababa cubierto por espesas matas de parchas y cundiamores. En aquellas tierras, los mejores cultivos eran los sueños alocados y la desesperanza; todo lo demás tenía que llegar desde Sevilla.

Siempre había necesidad de abastos. Desde la barra del Guadalquivir se traían chinelas, cerdas de zapatero, flecos de

seda, bonetes de clérigo, estuches de fraile, cristal de alquimia, carey, ébano, arcabucejos de Holanda, gemelos argentados, rodetes, sierras, anafes, escobillas de limpiar ropa, piedra de sulfre, acíbar, ámbar, campanillas, azuelas, conteras de espada y vainas para cuchillos.

Y telas. De las corrientes para los que no tenían otra cosa que lo puesto: naval, ruan, brin, paño, lienzo, toca, vitre, angeo. Y de las buenas, de las que sólo compraban los ricos: argentería, damasco, raso, seda, pelo de camello, limistes.

Y vino: de Jerez, de Comillas, de Toro. Nuevo o añejo. Exquisito e imbebible.

Y aceite. Los pobres habían aprendido a apañárselas con manteca de cerdo, pero quienes tenían posibles querían buen jugo de olivas andaluzas.

Había negocio incluso para menudencias como almendras, alcaparras, orégano, matalahúva o avellanas. También para miriadas de pequeños abalorios y cuentas con las que contentar con displicencia a los indios.

De todo había y todo faltaba; en especial para quienes llevaban la bolsa vacía. Porque lo que se pagaba con un duro en Sevilla, costaba en Yucatán cinco, eso si había suerte y el vendedor gastaba humor para regatear.

Todo tenía que llegar hasta allí. Y desde aquel confín del mundo apenas había qué mandar de vuelta: algo de miel, cera, algodón y, más que ninguna otra cosa, tinturas. La pasta de añil, la grana cochinilla y, sobre todo, el palo de tinte. Ésos eran los tesoros que el Yucatán ofrecía a Castilla.

En ese trasiego había dineros que cambiaban de una mano a otra. Y al calor se arrimaban mercaderes, consignatarios, recauderos y comisionados. Se movían modestos ahorros de toda una vida deslomándose, y también enormes fortunas. El puerto y su inevitable comercio daban de comer a Campeche.

Y allí, en medio del tumulto, estaba el negocio de su patrón, don Melchor de Mora e Hijuelo, uno de los más pudientes mercaderes de Nueva España.

Su padre había sido uno de los encomenderos favorecidos tras la conquista, y ahora la familia poseía una extensa hacienda ganadera en el alfoz de Mérida, una propiedad con más de cien indios al cargo. Melchor de Mora pasaba la mayor parte del año en la capital, pero en la primavera, cuando se preparaban los cargamentos para la flota, se dignaba a bajar hasta Campeche para supervisar el negocio.

Su litera acababa de frenar a la puerta de sus almacenes. Justo a tiempo de ver cómo su empleado, puntualmente, se afanaba con las tres grandes cerraduras que aseguraban el portón, bajo la mirada somnolienta de los dos matarifes que Roa había dejado de guardia esa noche.

—Buen día, patrón —saludó Camacho, animoso.

Se había dado la vuelta de inmediato, tras identificar los jadeos de los porteadores a su espalda.

Los guardas se enderezaron y cruzaron una mirada nerviosa. Uno de ellos dio un grito, y otros dos que habían estado de ronda alrededor del almacén se acercaron a paso rápido. Todos iban armados; el más amigable parecía hecho de esquirlas. Los cuatro sacaron pecho y alzaron barbilla, como si hubiera llegado el mismísimo Juan de Austria a pasar revista antes de Lepanto.

Mora, enfundado en los mejores paños y galas, tan impoluto que parecía haber brincado de un cuadro de la corte, abandonó el asiento forrado de terciopelo. Al cuello llevaba una impecable golilla de blanco algodón egipcio, radiante y plisada en incontables pliegues. Y en el resto de las prendas presumía de la calidad de su propio negocio, vistiendo riguroso negro.

De rubios cabellos ensortijados, tenía el rostro bendito de un querubín en un retablo mayor, tan redondo y tan bien hecho que costaba mirarlo sin preguntarse quién habría sido el escultor de semejante prodigio. Porque en la viña del Señor había rostros que parecían hechos de retales y otros, como el del mercader, en los que nada sobraba, nada faltaba y todo estaba en su justa medida. Para colmo de envidias, los años no parecían

hacerle mella, pues con más de cincuenta auestas seguía teniendo el lozano aspecto de un mozalbete en edad de merecer.

Daban ganas de llamarlo Gabriel o Rafael, como los mismos arcángeles. Al menos, hasta que abría la boca y se veía la ruina que habitaba allí dentro. Toda la belleza de aquel rostro angelical se malograba con dientes escasos, negros y picados que se desbarataban en todas direcciones y que, quizá, eran la causa del hediondo aliento que siempre lo precedía. Para disimular los malos dentados se dejaba largos bigotes y perilla, pero el mal tufo tendía a escaparse.

Sólo tenía otro defecto en contradicción a su bello rostro. Aún bien plantado, con hechuras de galán en novela de caballerías, era tan corto de talla que tuvo que saltar desde el estribo para echar pie a tierra.

Se limitó a gruñir por todo saludo. Marcaba distancias con sus empleados, de los que no esperaba buenos modales, sino eficiencia.

—¿Cómo va?, ¿está todo picado? El tiempo apremia, ¡apremia! ¿Cuándo llega Roa? —soltó del tirón, sin detenerse, despidiendo a los porteadores y echándose al umbral, todo a un tiempo.

Camacho no supo a qué contestar y decidió emplear la diplomacia.

—Según dejó ordenado, patrón.

Mora le echó un reajo severo.

—¿Seguro? Más te vale —dijo como amenaza velada—. Tengo noticias preocupantes —afirmó—. Ese metomentodo de Bacheli está intentando que Pedrarias apremie al maese. Anda pagando a quien asegure que la temporada de huracanes se adelantará, y hay más de un carpintero que se está haciendo de oro gracias a sus sobornos; las reparaciones van rápido, ¡demasiado...!

El ceño de Camacho se frunció.

Con aquellas prisas, cabía que el patrón no quisiera discutir sus ideas.

Ansioso, Camacho comprendió que, por el momento, no convenía preguntar. Y a punto estaba de echarse a andar tras el patrón cuando, por el rabillo del ojo, vio que el capataz, también puntual, traía del dormitorio común, una casucha aneja a los almacenes, a los jornaleros.

Julián era un salmantino animoso que había emigrado al quedarse huérfano. A su padre, campanero en una ermita, tocando a nublo para avisar de que se avecinaba pedrisco, lo había dejado tieso un rayo que rajó el bronce por la mitad como cáscara de huevo.

Fue Camacho, una vez ascendido de capataz a encargado, quien había elegido y contratado al salmantino. Y ambos se llevaban bien, salvedad hecha, quizá, de cuando el buen humor del hijo del campanero lo llevaba a excederse.

–Buen día, patrón –le dijo animoso a Mora.

El mercader, con cara de pocos amigos, se limitó a devolver el saludo con un gesto de la mano y se apresuró hacia el interior del almacén.

Acostumbrado a aquellos desaires, Julián no perdió su buen humor. Miró entonces a Camacho y advirtió el ceño fruncido.

–Y buen día nos dé Dios, inglés –añadió con una sonrisa pícara.

Camacho tardó en darse por enterado; cuando lo hizo, descolgó una mirada torva. No pudo aguantarse la réplica, cargada de retranca:

–Bien empieza. Están sonando las que dejó pendiente tu padre...

A lo lejos se oían los bronces de San Román y San Francisco. Daban las siete al alimón.

–A ver si no las dio porque estaba ocupado con tu madre...

De no ser porque Mora andaba cerca, se hubieran echado a reír.

Julián era al único a quien Camacho tragaba ese tipo de bromas. Sabía que no había maldad y se había acostumbrado al incorregible capataz, quien, por lo demás, era hombre cumplidor, puntual y laborioso, y, al gusto de su encargado, trataba con dignidad a los esclavos e indios.

–¿Todo bien? –preguntó Camacho, antes de seguir a Mora al interior.

Como un soplado sobre una vela, la pregunta apagó la sonrisa de Julián. Asintió sin convicción antes de contestar.

–Es un chico fuerte...

Bajó entonces la mirada, y una sombra de vergüenza le oscureció el rostro.

–Si vuelve a suceder, haz que llamen al converso.

Julián intentó protestar, pero Camacho no se lo permitió.

–Ni lo pienses. Yo me haré cargo.

El capataz se frotó la coronilla y siguió mirando al suelo.

–Te devolveré hasta el último cuarto; lo sabes, ¿verdad?

Camacho le puso la mano en el hombro y apretó con fuerza. Dudaba que fuera cierto, pero no se lo hubiera dicho jamás.

–Claro, pero no te preocupes por eso ahora...

Julián alzó el rostro con timidez, y los dedos del encargado volvieron a apretarse.

–¿Están listos los hombres para un último arreón?

La cuadrilla la formaban media docena de esclavos negros a los que lideraba un gigantón de piel oscura como noche sin luna al que llamaban Estebanico, y un par de indios de fiar que el propio Mora se había traído de su encomienda.

–Lo están –aseguró–, no te fallarán.

Camacho asintió.

—¿Has escondido el látigo? —preguntó entonces con un gesto del mentón hacia la espalda de Mora.

Ahora fue el capataz quien inclinó el gesto.

—Pues pongámonos en marcha, y con tiento —añadió cauteloso—. Tiene más rotos en las tripas que de costumbre...

El capataz miró a Camacho con preocupación.

—Ya, no hace falta que lo mentes. —Comprobó si Mora se había alejado—. Dicen que le ha salido mal un negocio en Río Lagartos. —Se mordió el labio, preocupado, y añadió algo más:— ¿No creerás que podemos perder el trabajo?

Algo había oído Camacho, pero no pensaba dejar que Julián añadiese otra preocupación a las que ya tenía.

—Son rumores. A la casa de Mora, si le sobra algo, son dineros —aseguró sonriente—. Y ahora, ¡vamos! Hay mucho que hacer todavía...

La cuadrilla, su capataz y Camacho se hacían cargo del tasado, cortado y preparado de la mercancía. Roa y sus perros de presa iban y venían de los cortaderos, donde negros esclavos se deslomaban en los bosques. Talaban de sol a sol y se arriesgaban con las serpientes, los alacranes, los jaguares y los caimanes, bichos que proliferaban en los mismos pantanales donde crecía el palo de tinte. Además, los hombres armados mantenían la disciplina en las partidas de leñadores, evitando fugas o robos, y guardaban los almacenes.

Y, con todo aquel entramado, Melchor de Mora e Hijuelo se enriquecía a manos llenas.

El palo se talaba en los bosques costeros, donde, pese al abuso, seguía siendo abundante. Desde los cortaderos viajaba con las recuas de mulas, cargadas con troncos y ramas que llegaban enteras hasta el almacén para ser picadas en pedazos que se guardaban en grandes corachas de barragán encerado, preparadas para las húmedas bodegas de las naos; allí debían acomodarse a las curvas del casco y, lo más importante, mantenerse secas. El valor astronómico que alcanzaba al otro lado del océano dependía de su capacidad de volver negra la más pura lana

de las ovejas de Castilla, y, si una fuga o una mala maniobra metían agua en las bodegas, el palo dejaba en la mar el tesoro en tinte que escondía.

Camacho volvió a guardar las llaves en su bolsa y, para cuando todos entraron en el almacén, Melchor de Mora ya iba de una coracha a la siguiente, supervisando el trabajo realizado durante la estación seca. Revolvía los trozos de madera y examinaba ejemplos tomados al azar con aires de orfebre.

Camacho lo dejó hacer. No se decidió a hablar hasta algo más tarde.

–Un placer tenerlo aquí con nosotros, patrón –dijo con amabilidad–. Espero que el viaje desde Mérida haya sido agradable.

Sin volverse para mirar a su empleado, Melchor contestó con apenas un gruñido:

–Llegué ya hace dos días, pero he estado ocupado...

Camacho inclinó el rostro demostrando interés por una explicación que no llegó, y, conociendo a su interlocutor, prefirió no añadir nada.

Más allá de las filas y filas de corachas, todas abiertas, Julián organizaba el trabajo del día y dividía a los hombres. Aún quedaba palo que trocear.

Estebanico, que era el más mañoso, se dedicaba a afilar las hachas y azuelas. El resto de los negros se ocupaban en desbastar y tronchar las ramas, y los indios, con herramientas más pequeñas, usaban caballetes para apoyar los trozos que les pasaban los otros y sacarles los pedazos que irían en las corachas.

Dispuesto, Camacho seguía la ronda de su patrón. Estaba nervioso por hablar sobre la propuesta que le había anticipado en las cartas que enviaba dando cuenta del negocio. No dejó que trasluciese su angustia; al contrario, se mostró sereno. Pero le sudaban las manos, e incluso tuvo que aguantar más de una mirada cargada de recochineo del salmantino, que sabía de sus cuitas.

–Debes encargarte de que se apuren –lo apremió Mora con mal tono–. Como no esté todo listo a tiempo, me encargaré

de que acabéis todos en la calle, mendigando –aseguró con frialdad, sin alzar la voz.

No hubo ni un solo cumplido por lo hecho hasta el momento. Tampoco una queja.

Y Camacho supuso que tendría que darse por satisfecho y guardarse sus ganas de preguntar. Como también se guardó de señalar que iban adelantados y que apenas quedaba qué trocear antes de que Roa regresase con el último cargamento.

–Ahora mismo se lo digo a Julián, patrón.

Para entonces, sonaban ya las ocho en los campanarios de la villa.